



TRABAJO FINAL DE GRADO
GRADO EN HUMANIDADES: ESTUDIOS INTERCULTURALES

HACIA UNA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA PARA UN NUEVO SIGLO

Realizado por:

GUILLEM COTANDA LLOPIS

Tutorizado por:

Profa. Dra. ELSA GONZÁLEZ ESTEBAN

UNIVERSITAT JAUME I

Resumen

En el presente trabajo de investigación trataremos de analizar y desarrollar las características principales de la propuesta de Laclau para una Democracia Radical y su concepción del Populismo, así como sus precedentes más representativos de la tradición marxista. Así el trabajo se encuentra estructurado en tres grandes bloques: en un primer lugar, un análisis de la crisis actual que nos ofrece una oportunidad histórica para el cambio; en segundo lugar, un bloque dedicado a los autores marxistas más emblemáticos describiendo y analizando cuales son los elementos constitutivos de su pensamiento. Por último, un tercer apartado donde se analiza la obra de Laclau y su contextualización en el panorama político del estado español.

Abstract

This thesis want analyze and develop the main features of Laclau's propose for a radical democracy and its populist conception and also its most representative precedents of Marxist tradition. So the thesis is structured into three sections: first, an analysis of the current crisis that offers an historic opportunity for social change; second, a section dedicated to the most important Marxist authors describing and analyzing which are the constituent elements of their thinking. Finally, a third section where the work of Laclau and its contextualization in the political landscape of the Spanish state are analyzed.

Palabras clave

Laclau, Hegemonía, sociedad, socialismo, populismo, significantes flotantes

Key Words

Laclau, hegemony, society, socialism, populism, floating signifiers

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar me gustaría agradecer a mi tutora Elsa González todo el apoyo ofrecido, así como sus fuerzas y vitalidad que me ha transmitido a lo largo de mi carrera universitaria, ofreciéndome una educación de excelencia. Sin ella seguramente no habría sido posible realizar este trabajo.

En segundo lugar, y no por ello menos importante, a mi madre quien me enseñó lo que significa el esfuerzo real de luchar por la cotidianeidad y como la empatía es la mayor fuerza que existe en el ser humano. Sin olvidarme de mi hermana y mi tía a quienes doy las gracias por ser tal y como son, pues no hay día que no me levante y en la distancia no me falten.

Por último no me olvido de mi paso por una institución que me ha hecho crecer como persona, por ello doy las gracias a la Universitat Jaume I y a todos los profesores que me ayudaron durante mi aventura académica.

ÍNDICE

Introducción	1
I Parte: La crisis del sistema capitalista	3
1. El fin de la historia, la utopía liberal	3
2. Las consecuencias de la revolución conservadora	4
II Parte: El Socialismo clásico, un fantasma que recorrió el viejo continente	8
3. El mayor logro de Marx	8
4. El Estado	10
5. La teoría de la transición o primera fase de la sociedad comunista.	
A cada uno según su trabajo	12
6. La fase superior de la sociedad comunista.	
De cada uno según su capacidad y a cada uno según su necesidad	16
7. Gramsci, la revolución del pensamiento marxista	18
III Parte: Hacia una Revolución Democrática para un nuevo siglo	23
8. Repensar la hegemonía, repensar nuestras sociedades	23
9. Hacia la construcción de un nuevo sujeto histórico: el Pueblo	25
10. Más allá del Socialismo: La Democracia Radical	31
Conclusiones	39
Bibliografía	41

INTRODUCCIÓN

OBJETIVOS DEL TRABAJO DE FINAL DE GRADO Y LA IMPORTANCIA DEL TEMA

Este trabajo de investigación ha tenido un largo transcurso desde sus inicios, tal vez haya sido casualidad o es por su temática, pues es una característica intrínseca de toda teoría emancipatoria, ya que el objetivo final es entender en que consistió el fracaso, así como sus aciertos, del pensamiento revolucionario durante el pasado siglo y la necesidad de un nuevo proyecto histórico capaz de ser operativo con las condiciones materiales y espirituales existentes hoy en día. Un tema crucial que las ciencias sociales tienen como objetivo, pues no solo son teoría sino también praxis

Por lo tanto, me propongo demostrar como objetivo general del trabajo que el pensamiento tradicional marxista ha traicionado a su principal exponente tergiversando sus principales postulados, creando así una corriente vulgar y mecanicista que ha traicionado el espíritu inicial de su fundador, y que no supo evolucionar desde una perspectiva de mayor operatividad. Por consiguiente es necesaria una revisión desde un prisma diferente y que este corresponde al campo del populismo para la creación de un nuevo sujeto histórico en un mundo nuevo, donde la globalización ha conseguido cancelar cualquier certeza, incluida la distinción entre burguesía y proletariado y por ello necesitamos ampliar la concepción de lo social para dividir el campo político en dos polos aún mayores a través de la creación de un discurso contra-hegemónico para así poder explotar las bases creadas para una Revolución Democrática en el siglo XXI.

FUENTES

Para la realización de este trabajo me he apoyado, entre otros, en autores de la talla de Wallerstein, Benstein, Vicenç Navarro, Amín, Marx, Lenin, Gramsci y Laclau. Para su traslación e interpretación en la escena española me he basado en una perspectiva postmarxista.

METODOLOGÍA

La metodología que guiará la mayor parte del trabajo es una metodología analítica-interpretativa que tiene como principal autor a Ernesto Laclau, pero sin olvidar a los sus principales precursores clásicos, Gramsci, Lenin y Marx así como una bibliografía secundaria

ESTRUCTURA

El trabajo se encuentra dividido en tres partes: la primera titulada *La crisis del sistema capitalista*, se compone de un breve recorrido por las principales causas y las consecuencias derivadas de la gestión de esta, analizándola desde la corriente estructuralista para demostrar que nos encontramos ante una crisis sistémica.

En la segunda parte, *El socialismo clásico, un fantasma que recorrió el viejo continente*, se analizará en que consistió el pensamiento socialista durante el siglo XX, a través de sus principales teóricos, tratando de dar respuesta a tres puntos fundamentales: la concepción del Estado, la teoría de la transición o primera fase de la sociedad comunista, más comúnmente conocida como la dictadura del proletariado y la fase superior de la sociedad comunista, para dar paso a la teoría de la hegemonía en Gramsci.

Para finalizar, en la tercera parte *Hacia una revolución democrática para un nuevo siglo*, se plantea la necesidad de un nuevo proyecto histórico capaz de crear un nuevo sujeto político revolucionario, entendiendo que lo social no se encuentra cerrado sino es siempre un campo abierto entre dos proyectos hegemónicos

I Parte:

La crisis en el sistema capitalista

En esta primera parte trataremos de analizar la actual crisis intentando dilucidar si se trata solamente de una crisis cíclica o por el contrario nos encontramos ante una crisis sistémica realizando un recorrido por las distintas medidas adoptadas ante esta y su recorrido histórico, mediante las aportaciones de los siguientes autores: Wallerstein, Piqueras Beinstein, Vicenç Navarro, Samir Amín, y Harvey.

1. El fin de la historia, la utopía liberal

Pareciera ser que con la caída del muro de Berlín, y con la consiguiente expansión del sistema capitalista a escala mundial, el famoso lema de Margaret Thatcher “*there is not alternative*” era cierto, es más, desde las altas esferas de la posmodernidad se promulgaba la idea de Fukuyama y su fin de la historia (1992). Pero con el estallido de la burbuja financiera en 2008 nos encontramos ante la desaparición de tal espejismo, basta recordar las declaraciones del entonces presidente de la República Francesa, el conservador Nicolás Sarkozy quien afirmaba «Hay que refundar el capitalismo sobre bases éticas, las del esfuerzo y el trabajo, las de la responsabilidad, porque hemos pasado a dos dedos de la catástrofe» (El País, 2008). Después de 8 años vemos como no solo no se ha producido tal refundación, que por otro lado es imposible pues el modo de producción capitalista obedece a dinámicas y leyes que le son propias ya que según la teoría de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia elaborada por Marx, el Capital en la búsqueda de una mayor productividad, debido a la competencia intercapitalista, invierte en el desarrollo del capital constante, medios de producción, en detrimento del capital variable, la fuerza de trabajo, así se produce una presión a la baja de la ganancia ya que la inversión de capital es mayor que el valor real que procede del trabajo, sino que además, las medidas adoptadas por los distintos gobiernos nacionales, ya sean de signo conservador o socialdemócrata, a instancias de entidades supranacionales como el Banco Central Europeo o el Fondo Monetario Internacional han agravado las condiciones de vida de la mayoría de la población, especialmente en los pueblos del sur de Europa pues tal y como afirma el Informe sobre exclusión y desarrollo social elaborado por Cáritas en 2014 el

porcentaje de población excluida en España es del 25%, 11,746,000 personas, de las cuales 5 millones están en situación de exclusión severa (Foessa, 2014).

2. Las consecuencias de la revolución conservadora

Este dolor que vivimos tiene como punto de partida los años 70, en lo que Vincenzo Guarrassi (2011) ha definido como *svolta rivoluzionaria*, ruptura revolucionaria, con la victoria electoral en occidente del binomio Thatcher-Reagan y la ruptura del pacto histórico Capital/Trabajo, debido a la desaparición del bloque antisistémico que conformaba la antigua Unión Soviética, cuyas políticas económicas condujeron a la abolición del patrón dólar-oro, también conocido como sistema de Bretton Woods, y los controles monetarios internacionales «a partir de este momento las monedas flotan sin control en el sistema financiero» (Piqueras y otros 2002: 201); la creación de paraísos fiscales y el desarrollo de los productos derivados financieros. Así «el centro de gravedad de la decisión económica ha sido transferido de la producción de plusvalía en los sectores productivos hacia la redistribución de provechos ocasionados por los productos derivados de las inversiones financieras» (Amín, 2008).

Este proceso de desregularización total obedece a la necesidad continua del capital de expandirse, pasando de una economía estatal-keynesiana al ya famoso capitalismo de casino, es decir, que al alcanzar su máximo techo de crecimiento en la economía real o productiva su única salida era la financiarización de la economía mundial «hoy la masa financiera mundial estaría llegando a los mil millones de millones de dólares» (Beinstein, 2009).

Pero esta desaceleración a largo plazo se enfrenta a una crisis de carácter energético ya que el agotamiento de los recursos naturales es cada vez más evidente, pues tal y como afirma la Red Global de la Huella Ecológica, *Global Footprint Network*, en su informe de 2014 se necesitarían 1,5 planetas para seguir con el consumo actual de recursos «el capitalismo está ahora generando un enorme desastre ecológico, resultado de una *rigidez civilizacional* decisiva que impide superar una dinámica tecnológica que conduce hacia la depravación catastrófica del medio ambiente» (Beinstein, 2009), si a ello le añadimos la crisis alimentaria que sufren 805 millones de personas según el último informe de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura que se

encuentra íntimamente relacionada con el desarrollo tecnológico devastador que ha producido el mal llamado Primer Mundo, el horizonte parece realmente desalentador.

Sin embargo, según los economistas defensores del capitalismo, ya sea en su versión neoliberal o una visión más cercana al intervencionismo socialdemócrata, la capacidad de una volver a un crecimiento positivo es posible ya que la economía en el modo de producción capitalista se caracteriza por ciclos económicos de crecimiento y desaceleración. Estas previsiones topan con la tozuda realidad, puesto que los *ciclos kondratieff* que han explicado la historia económica muestran como a partir de 1968, como afirma Beinstein:

la tasa de crecimiento de la economía mundial impulsada por los países capitalistas centrales describió una tendencia descendente en largo plazo que no se ha detenido hasta la actualidad y que debería prolongarse en un futuro (2009).

Por todo lo expuesto anteriormente, podemos afirmar que la crisis que sufrimos actualmente no es meramente coyuntural, sino una crisis sistémica donde se está produciendo lo que Wallerstein llama una *bifurcación histórica*, es decir la doble posibilidad de una «transformación estructural que dejaría intacta (e incluso incrementaría) la realidad de la explotación del trabajo y la que eliminaría este tipo de explotación o al menos lo reduciría radicalmente» (2003:97).

El primer camino que señala el sociólogo estadounidense es el que parecen haber emprendido las clases dominantes de los países centrales, cuyo mecanismo principal ha sido la acumulación por desposesión (Harvey, 2007), que abarca cuatro aspectos principales, a saber; la privatización y mercantilización, una constante en las políticas del estado español, baste recordar la ley 15/1997 aprobada en el Congreso de los Diputados, que ya abría la posibilidad de la externalización, como sucedió con los servicios de limpieza, y la privatización de la Sanidad pública española con los votos a favor del Partido Popular, Partido Socialista Obrero Español, Convergència i Unió, Partido Nacionalista Vasco y Coalición Canaria. Como señala Harvey:

La cesión al dominio de lo privado de los derechos de propiedad sobre lo común obtenidos tras largos años de encarnizada lucha de clases (el derecho a obtener una pensión del Estado, al bienestar, a la salud pública) ha sido una de las políticas de desposesión más escandalosas (2007: 172)

En otras palabras, las victorias obtenidas por el Trabajo frente al Capital que encontraban su expresión en la construcción de un Estado del bienestar con el modelo keynesiano están siendo continuamente, o dicho de otro modo, nos encontramos ante la mercantilización de todas las esferas de lo público.

La financiarización, analizada anteriormente; la gestión y manipulación de la crisis, a través del control de la deuda externa aplicadas en un primer lugar en los países periféricos del sistema-mundo, y actualmente en los pueblos del sur de Europa, que han pasado a ser una periferia de los países centrales del viejo continente. Si en el caso de América Latina y África las cifras son escandalosas:

«Se calcula que desde 1980 cerca de cincuenta planes Marshall (aproximadamente 4,6 billones de dólares) han sido transferidos desde los pueblos de la periferia a sus acreedores en el centro». (Harvey, 2007: 179)

La misma situación, diferente cuantitativamente claro está, se reproduce en los llamados *PIIGS* (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España). Según Vicenç Navarro:

los países que tienen que pagar intereses de la deuda más altos (los países del Sur) los pagan a los bancos del Norte (que han invertido cantidades muy significativas de su capital en comprar deuda pública de tales países que generan unos intereses exuberantes, alcanzando unos beneficios estratosféricos). Alemania tiene 200.000 millones de euros en tal tipo de inversiones en España. (Navarro, 2012).

Por último, aunque los teóricos neoliberales rechacen por completo la intervención estatal en la economía, recordemos que la realidad dista bastante del paradigma teórico pues si lo enfrentamos a un análisis centrado en la política económica llevada a cabo, no sería aventurado afirmar que aquellos que propugnan la no intervención estatal realmente actúan con un cinismo atroz, puesto que la intervención existe pero en sentido inverso, es decir, se produce una transmisión de la riqueza de las rentas del trabajo en favor de las rentas del capital:

El descenso de las rentas del trabajo durante el periodo 1981-2012 fue de un 5,5% en EEUU, un 6,9% en la UE-15, un 5,4% en Alemania, un 8,5% en Francia, un 7,1% en Italia, un 1,9% en el Reino Unido y un 14,6% en España, siendo este último país donde tal descenso fue mayor. (Navarro, 2013)

Ahora bien, tal y como señala Wallerstein existe otro camino, que históricamente ha sido recibido con el nombre de socialismo, mencionado en numerosas ocasiones a lo largo del pasado siglo utilizado como sinónimo de terribles regímenes dictatoriales por unos, y como la más bella utopía por otros. En el siguiente apartado de este trabajo trataremos de

dilucidar a través de algunos de sus máximos exponentes qué ha querido significar realmente, es decir su pretensión como horizonte político de sentido.

II PARTE

El Socialismo clásico, un fantasma que recorrió el viejo continente

En esta segunda parte trataremos de recorrer la concepción del socialismo durante los siglos XIX y XX, a partir de algunos sus autores más destacados, a saber Marx, Lenin y Gramsci con una visión crítica tanto de sus aciertos como de sus errores.

3. El mayor logro de Marx

Si hablamos del socialismo se hace inexcusable el retorno a su gran exponente, Karl Marx. He decidido utilizar el término retorno por la excepcionalidad de su figura pues en la historia del pensamiento nunca se ha producido una denostación tal como la que ha sufrido el teórico alemán. Pues ya sea por una lectura simplista y vulgar o por una búsqueda tergiversación e incomprensión de sus postulados de mayor importancia, se le ha intentado buscar hasta el más mínimo error de interpretación sin atender a la especificidad del texto en cuestión, o lo que es aún más importante el momento histórico en el que se encontraba.

Pero esta animadversión que profesa todavía el autor de *Das Kapital* escrito en 1867 se debe en gran medida no a los errores cometidos, cuya obra no pudiera ni debiera estar carente de crítica, sino como afirma Fusaro (2009) matar a Marx utilizándolo como si fuese solo una voz del pasado, supone no ofrecer luz a los acontecimientos de hoy ya que su radicalidad, entendida esta como la búsqueda de la raíz de un problema, ataca a la causa de la problemática que recorre la historia de la humanidad producto de la modernidad.

Por lo tanto, volver a Marx es para expresar la irracionalidad de un sistema productivo que su objetivo real no es el de procurar el bienestar de la población sino el crecimiento continuo de la tasa de ganancia, el cual ha creado una creciente y polarizante desigualdad social y una reificación del ser humano que ha abandonado toda pretensión de emancipación para pasar a ser una mera mercancía dentro de un mercado mundial que ha confundido, tal como afirmó Marcuse, las necesidades vitales «alimento, vestido y habitación en el nivel de cultura que esté al alcance cuya satisfacción es el requisito para la realización de todas las necesidades, tanto de las sublimadas como de las no sublimadas» (1993: 35). Por falsas necesidades se entienden «aquellas que intereses

sociales particulares imponen al individuo para su represión: las necesidades que perpetúan el esfuerzo, la agresividad, la miseria y la injusticia» (Marcuse, 1993: 35).

La concepción del socialismo para Marx radicarán en el necesario retorno a las verdaderas necesidades del ser humano, en este sentido «es una sociedad que permite la actualización de la esencia del hombre, al superar su enajenación. Es nada menos que la creación de las condiciones para un hombre verdaderamente libre, racional, activo e independiente» (Fromm, 1970: 40).

¿Pero qué supone tal superación y como llegar a ella? La tesis a la cual llegaron Marx y Engels en el siglo diecinueve según la cual la linealidad de la historia conducirá inexorablemente a la realización del reino de Dios en la Tierra cayó en uno de los grandes errores, por otra parte propios de su época influenciada por el positivismo y los recientes descubrimientos de Darwin, que arrastraría la filosofía marxiana durante siglos y que se terciaría hacia una visión mecanicista que vulgariza todo pensamiento dialéctico. Esta concepción de la Historia surge del gran descubrimiento de Marx que da con la clave para la explicación de los procesos históricos de los siglos XIX y XX, pero que su visión decimonónica establece como única:

el régimen económico de la producción y la estructuración social que de él se deriva necesariamente en cada época histórica constituye la base sobre la cual se asienta la historia política e intelectual de esa época, y que, por tanto, toda la historia de la sociedad -una vez disuelto el primitivo régimen de comunidad del suelo- es una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, a tono con las diferentes fases del proceso social, hasta llegar a la fase presente, en que la clase explotada y oprimida -el proletariado- no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime -de la burguesía- sin emancipar para siempre a la sociedad entera de la opresión, la explotación y las luchas de clases; esta idea cardinal fue fruto personal y exclusivo de Marx . (Marx y Engels, 2013: 27)

Es decir, Marx logró discernir la existencia de procesos estructurales en la sociedad moderna, cuya relación lejos de ser mecánica, o adscrita a vicisitudes individuales, pasaba por la holística dialéctica que encarna la complejidad del ser humano como comunidad y cuyo desarrollo obedece a la lucha de clases como motor de la historia, que a partir de la premisa del inevitable devenir de la Historia, su consecuencia lógica sería el advenimiento del triunfo de la clase trabajadora, el proletariado, fruto de las contradicciones inherentes del modo de producción capitalista

Así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre las que produce y se apropia de lo producido. Y a la par que avanza, se cava su fosa y crea a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado, son igualmente inevitables.

(Marx y Engels, 2013: 64)

Es decir, para entender la historia de la humanidad, Marx nos ofrece una de las claves más importantes, la lucha de clases. Pero fruto del periodo histórico en el que fue formulada esta tesis, el autor alemán entiende que la Historia es lineal y que por lo tanto si su transcurso ha sido fruto de la batalla entre dos clases distintas. En el capitalismo, donde las fuerzas de producción avanzarían hasta niveles anteriormente inimaginables, se ha creado la clase antagonista a la burguesía, el proletariado, quien está destinado a convertirse en la clase universal capaz de llevar a la sociedad a su *telos*, creando así un nuevo orden social ya finalizado donde la estratificación social de clase será finalmente superada

Esta es la clave para entender al filósofo, historiador o economista, entre muchas de sus otras facetas, y la fundación de un *socialismo científico* que en su búsqueda de las condiciones objetivas para la realización de la revolución separándola del mal llamado *socialismo utópico*, a causa de una interpretación positivista, que trajo pésimas consecuencias para los movimientos emancipadores posteriores

hurtó a la izquierda aquellos aspectos de la vida humana (curiosamente los más gratificantes) que, por no ser materiales (amor, amistad, armonía, empatía, etc.) quedaron fuera de foco y fueron tirados por la borda con el rechazo al autoritarismo y la manipulación histórica realizada por las religiones» (Monedero, 2008b: 88)

Dicho de otro modo, con esta distinción y la inclusión de un término propio de las ciencias naturales, se sentaron una de las bases para su fracaso en el siglo xx, puesto que elementos que no obedecían a las leyes proclamadas de la historia eran consideradas carentes de importancia. Características que irónicamente serían unas de las carencias mayores de las fuerzas de izquierda revolucionarias.

4. El Estado

Si queremos comprender el desarrollo de una sociedad socialista es necesario primero aproximarnos a la teoría del Estado desarrollada por Marx y Engels, más tarde evolucionada por Lenin, y culminada por Gramsci, de la cual existe una variante errónea, fruto de una visión economicista, que considera a este como una mera superestructura fija

que responde únicamente a los cambios producidos en la infraestructura reproduciendo así la dicotomía del esquema liberal.

El origen del Estado no lo podemos buscar bajo una simple óptica de instrumento garante de la dominación del proletariado por la burguesía sino en las relaciones sociales que dan lugar a tal situación, es decir, en la especificidad del modo de producción capitalista, la relación Capital/Trabajo, pues «el Estado es el producto y la manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase» (Lenin, 2009: 28).

No es un ente abstracto y separado de la sociedad, cuya única finalidad es la coerción física, sino es la expresión de las luchas de clase, que se dan en el interior de una sociedad en un momento histórico preciso que se encuentra relacionada con el modo de producción dialécticamente, esto es, que existe una correlación de fuerzas en la infraestructura cuya representación se halla en el Estado. Ténganse en consideración que al hablar de representación no se trata del sistema parlamentario liberal sino en la expresión de las dinámicas en el interior de la superestructura.

Por lo tanto el Estado como elemento de dominación existe en tanto en cuanto el modo de producción capitalista oprime al ser humano que, por otro lado, es su esencia, ya sea bajo un régimen dictatorial o bajo un régimen democrático formal donde como afirmaba Engels «la riqueza ejerce su poder indirectamente, pero de un modo tanto más seguro» (Lenin, 2009: 36).

Así la recurrente tesis de la extinción del Estado toma forma, ya que este desaparecería una vez las relaciones sociales de producción capitalistas fueran siendo eliminadas, no porque como afirma Held (García-Marzá 2000: 95) sea considerado como algo superfluo sino porque como un buen médico la enfermedad es tratada desde su raíz, huyendo de la banalización que entiende la revolución únicamente como momento de tensión cuando realmente se trata del momento constituyente de un nuevo régimen de producción.

De todos modos es conveniente aclarar que cuando en el Manifiesto, Marx afirma que «El Poder político no es, en rigor, más que el poder organizado de una clase para la opresión de la otra» (2013: 77) parece ser más tal y como afirma Miliband «una concepción primaria del Estado [...] a la que sería inexacto atribuir la importancia de la primera» (1985: 58) que obedecería más a la especificidad del texto, ya que se trata de un documento para la configuración de una base teórica a un movimiento disperso y cuyo

lenguaje es de una comprensión mucho más eficaz para la difusión de un mensaje político revolucionario.

5. La teoría de la transición o primera fase de la sociedad comunista. A cada uno según su trabajo

Uno de los puntos más controvertidos dentro de la literatura marxista es el que hace referencia al periodo transicional entre el Capitalismo y el Comunismo. La ya famosa dictadura del proletariado, término que Marx acuñó en la Crítica del Programa de Gotha en 1875 con la siguiente declaración:

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado. (2008: 41)

El uso de un término como dictadura no tenía en Marx las connotaciones que más tarde se le otorgaron y ni mucho menos la vil tergiversación debido pues «el hecho de que Marx pudiera ser considerado un enemigo de la libertad solo fue hecho posible por el fantástico fraude de Stalin, al pretender hablar en nombre de Marx, junto con la fantástica ignorancia acerca de Marx» (Fromm, 1970: 40)

Aunque si bien desde la perspectiva histórica que nos ofrece las experiencias en Europa del Este, es cierto, que al escoger un término fuerte como dictadura se abría una peligrosa puerta a una futura tergiversación, sin embargo, esta elección fue hecha puesto que el teórico alemán concebía todo régimen donde existiera una división social como dictadura, donde «la república constitucional es la dictadura de sus explotadores coligados; la república socialdemocrática, la república roja, es la dictadura de sus aliados.» (Marx, 2001).

Así el modelo real de la dictadura del proletariado respondía más a un ejercicio de democracia directa que superaba a la formalidad liberal pues a juicio de Marx «debería y podría figurar en el programa es la reivindicación de la concentración de todo el poder político en manos de la representación del pueblo» (Marx, 2008: 108), regida por una centralidad democrática, que a una concepción idealizada de un Estado omnipotente regido por burócratas en la que más tarde derivó, como se confirma en su crítica al reformismo de Lassalle:

La “organización socialista de todo el trabajo” no resulta del proceso revolucionario de transformación de la sociedad, sino que “surge” de “la ayuda del Estado”, ayuda que el Estado presta a las cooperativas de producción “creadas” por él y no por los obreros. ¡Es digno de la fantasía de Lassalle eso de que con empréstitos del Estado se puede construir una nueva sociedad como se construye un nuevo ferrocarril! (Marx, 2008: 38)

Como se puede observar, la idea de organización social de Marx era totalmente contraria al estatalismo, es más, aquellos que abogan por un dogma basado en el estudio científico de las relaciones sociales de producción para discernir el curso de la historia futura debieran comprender que el máximo exponente del socialismo aborrecía la idea de un estado sobreprotector capaz de guiar a las masas hacia una sociedad sin clases, pues no atiende a la dialéctica marxista sino más bien a la necesidad de una justificación de un cierto tipo de Capitalismo de Estado, pues tal y como afirmaba el propio Marx, si aceptamos la tesis de la lucha de clases como motor de la historia, el Estado por su propia esencia desaparecería una vez el modo de producción socialista fuese el existente.

Por lo tanto, el tipo de organización social pasaba por la recuperación de la libertad de los antiguos en términos de Constant (García-Marzá, 2000), es decir, la democracia entendida como el reparto de poder, y no como una mera formalidad basada en una materialidad profundamente desigual, que si bien no llegó a elaborar con la profundidad necesaria, a partir de sus observaciones de la experiencia de la Comuna de París (2003) podemos aproximarnos a un modelo coetáneo al autor que pudiera compartir, de hecho, Marx no contrapone a los sistemas tradicionales una doctrina sistémica, sino más bien, un conjunto de reflexiones (Fusaro, 2009)

Durante esta experiencia política, los revolucionarios franceses establecieron un régimen democrático basado en la autorganización de las facciones más pequeñas de la administración, que mediante el asamblearismo eran elegidos sus delegados, quienes representaban verazmente sus intereses en una organización más amplia a nivel estatal, así «Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas 69 asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París» (Marx, 2007: 68-69). Este tipo de elección se basaba en el mandato imperativo, es decir, la obligatoriedad del cumplimiento de las instrucciones dadas desde la base, cuyo incumplimiento acarrearía la revocación de los cargos ejercidos: «todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el mandato imperativo (instrucciones) de sus electores» (Marx, 2007: 69)

Pero no debemos tampoco obviar, que nos encontramos ante autores revolucionarios del siglo XIX y por lo tanto sus posturas acerca de la violencia, especialmente para acceder al poder estatal, y cuya visión histórica no les permitió dilucidar que el acceso a este no significaba el acceso al poder real, eran más bien explícitas sin uso de eufemismos, aunque no exentas de crítica ya sea desde un principio ético, o de operatividad, como demuestra este pasaje de Engels:

Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta autoridad de pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella? (Engels, 2000).

En el plano infraestructural, encontramos la dictadura revolucionaria del proletariado añadida posteriormente pues tal y como afirma Lenin (2009) el «Manifiesto Comunista coloca sencillamente, a la par el uno del otro, dos conceptos: el de la "transformación del proletariado en clase dominante" y el de "la conquista de la democracia"» (2009: 108).

Esto es debido a que tras la experiencia de la Comuna de París observó que las relaciones sociales, y por lo tanto el Estado burgués que su evolución lo había llevado a un gran desarrollo, no podrían ser disueltas una vez hubieran accedido al poder, y como consecuencia de ello era necesario el uso de tal maquinaria para transfórmalas.

Según Marx este nuevo orden social donde los medios de producción no son ya propiedad privada, acaba de «salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede» (Marx, 2008: 29)

El posterior desarrollo del concepto de dictadura del proletariado y las tareas de esta etapa hacia el socialismo le correspondería a Vladímir Ilich Uliánov, más comúnmente conocido como Lenin. El teórico revolucionario ruso apoyándose en la tesis sobre la autoridad de Engels y en la concepción del Estado marxiana establece que la operatividad del Estado y de su maquinaria bajo el capitalismo como un sistema de opresión de la clase burguesa «para la represión de una clase por otra, y, además, de la mayoría por la minoría» después de la revolución, entendiendo esta como el momento destituyente,

puede revertir la situación es decir, el Estado de transición hacia el socialismo utilizará la maquinaria proporcionada por la etapa capitalista para la emancipación del proletariado, « la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los esclavos asalariados [...]» (Lenin, 2009: 111). Pero el Estado al ser tal y como hemos afirmado antes una expresión de la lucha de clases, y al ser a su vez en este momento la expresión de la democratización de las relaciones sociales tenderá a su extinción «la necesidad de una máquina especial para la represión comienza a desaparecer» (Lenin, 2009: 112)

Una vez analizadas las tareas de esta fase de tan importancia surge la pregunta acerca de quiénes serán los sujetos que conformen y protagonicen la acción política en este Estado de transición, ya que según el propio Lenin «el pueblo puede reprimir a los explotadores con una "máquina" muy sencilla, casi sin "máquina", sin aparato especial, por la simple organización de las masas armadas» (2009: 112) y siguiendo a Marx la subjetividad que debiera tornarse en universal era el proletariado pues «de todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado.» (2013: 62). Teniendo en cuenta que en la Rusia zarista el proletariado como tal era un porcentaje mínimo en comparación con la gran masa de la población que pertenecía al campesinado, Lenin «sabemos que reelaboró ad hoc y de manera interesada el marxismo para adaptarlo a su análisis/deseo vanguardista de acelerar la revolución» (Monedero, 2008b: 86) e introdujo el concepto de vanguardia, el cual le permitiría reorientar la praxis política hacia sus necesidades históricas, sencillamente. Y, en palabras del propio Lenin, a partir de aquel momento la dictadura del proletariado equivaldría a la vanguardia: «la dictadura del proletariado, es decir, la organización de la vanguardia de los oprimidos en clase dominante para aplastar a los opresores» (Lenin, 2009: 48).

Esta vanguardia consistiría en un centralismo democrático que obedecía a las necesidades estratégicas revolucionarias, en la que el Partido adquiriría el protagonismo en detrimento de las masas puesto que:

Educando al Partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado vanguardia capaz de tomar el Poder y de conducir a todo el pueblo al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente, el jefe de todos los trabajadores y explotados en la obra de construir su propia vida social sin burguesía y contra la burguesía (Lenin, 2009: 48)

El problema reside cuando el Partido es el encargado de realizar la tarea histórica de la revolución tornándose sujeto, por propia constitución, universal impartiendo el mismo la doctrina oficial.

Un hecho que abriría las puertas a la reinterpretación posterior por parte de Stalin quien establecería al Líder como subjetividad universal. Pues si el Partido es quien conforma la vanguardia encargada de encabezar el proceso de transición y por lo tanto la dictadura del proletariado, el Estado, en palabras de Lenin:

organización centralizada de la fuerza, organización de la violencia, tanto para aplastar la resistencia de los explotadores como para dirigir a la enorme masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía, a los semiproletarios, en la obra de "poner en marcha" la economía socialista (Lenin, 2009: 48)

Pasará a identificarse con el Líder quien ejercerá la violencia así como impartirá el dogma capaz de “poner en marcha la economía socialista”. De todos modos, la manipulación sufrida en aras de la burocracia llegó a tal punto que erigiendo el dogma del Marxismo-Leninismo olvidó el punto central de toda idea-fuerza que busque la emancipación, la concepción de la revolución como cambio permanente, el concebir todo proceso revolucionario como la necesidad de renovación hacia un futuro incierto pero esperanzador nunca cerrado en sí mismo y que el propio Lenin dejaba escrito claramente:

lo importante es comprender claramente cuán infinitamente mentirosa es la idea burguesa corriente que presenta al socialismo como algo muerto, rígido e inmutable, cuando en realidad solamente con el socialismo comienza un movimiento rápido y auténtico de progreso en todos los aspectos de la vida social e individual, un movimiento verdaderamente de masas en el que toma parte, primero, la mayoría de la población, y luego la población entera. (Lenin, 2009: 120)

6. La fase superior de la sociedad comunista. De cada uno según su capacidad y a cada uno según su necesidad

Decían los jóvenes allá por finales de los años setenta del siglo pasado, ataviados con un aparente nihilismo espiritual, pero que enmascaraba una actitud verdaderamente posmoderna, *there is not future*, no hay futuro y parece ser que algunos han intentado, y fracasado en el intento, de atribuir una cierta similitud con los postulados de Karl Marx cuando pronosticó el advenimiento de una nueva sociedad fruto de la dialéctica de la historia. Es cierto, que dentro del pensamiento de Marx existen contradicciones, y no pocas en diversos aspectos, pero también lo es que estas obedecen a la maduración de su *corpus teórico*. Por ello a la hora de analizar cuáles eran los objetivos finales del viejo sueño incumplido de los desposeídos del planeta, debemos atender a la consideración que hizo Lenin y a la que algunos no quisieron atenerse:

a ningún socialista se le ha pasado por las mientes "prometer" la llegada de la fase superior de desarrollo del comunismo, y el pronóstico de los grandes socialistas de que esta fase ha de advenir, presupone una productividad del trabajo que no es la actual y hombres que no sean los actuales filisteos, capaces de dilapidar "a tontas y a locas" la riqueza social y de pedir lo imposible, como los seminaristas de Pomialovski. (Lenin, 2009: 118)

Es decir, el propio Lenin era consciente de la imposibilidad de la instauración de un régimen verdaderamente comunista a escala nacional y mucho más en un periodo de tiempo determinado ¿Cuál era el final de ese camino tantas veces proclamado pero nunca recorrido?

La respuesta la obtenemos en una frase, convertida en lema, que a día de hoy nos puede parecer tan lejana, pero no por ello es menos cierto, tan tozudamente necesaria: «De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades» (Marx, 2008: 31). Con esta aseveración, el fundador del socialismo moderno resumía el funcionamiento de un modo de producción socialista ya consolidado donde «el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva» (Marx, 2008: 31). Es decir, cuando el hombre sea el verdadero protagonista de su vida social y no un mero átomo en un maquinaria, dicho de otro modo, que la producción de riqueza social, y por consiguiente el desarrollo de las fuerzas productivas, sea de los hombres y no su dominador, «cuando el hombre haya construido una forma racional, desenajada de la sociedad, tendrá la oportunidad de comenzar con lo que es el fin de la vida: el “despliegue de las fuerzas humanas, que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad”» (Fromm, 1970: 39)

En esta fase, el antagonismo entre clases sociales no existiría, y por lo tanto, también, la división social del trabajo que establecía la desigualdad al hacer la distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual. Así al aplicar la concepción del Estado marxista, tal y como hemos analizado con anterioridad, este se extinguiría pues su razón de existencia sería un vestigio de la vieja sociedad.

La nunca llegada a término del tren del progreso del que pecaron los clásicos decimonónicos, y de la cual algunos tienden a utilizar para realizar un *totum revolutum* a toda su obra, sucedió por la imposibilidad histórica de poder realmente observar la capacidad de adaptación que tiene el Capital y sus dinámicas en mayor profundidad tanto supraestructurales como infraestructurales. Cuando preconcebían la imposibilidad del desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo, no fueron conscientes que el

Capital no entorpece su desarrollo sino que lo condiciona en su propio beneficio, capaz de integrar la figura del proletariado como nos enseñaría Marcuse (1993) un siglo más tarde.

7. Gramsci, la revolución del pensamiento marxista

Gramsci, aquel pensador sardo condenado a veinte años, cuatro meses y cinco días de reclusión por el simple hecho de profesar su antifascismo, fue capaz desde el dolor que le infligía su enfermedad revolucionar el marxismo gracias a su heterodoxia. Su capacidad de análisis le permitió observar que los cambios producidos en la economía de la Rusia postrevolucionaria no eran suficientes para la verdadera instauración del socialismo, pues tal concepción obedecía a una suerte de mecanicismo cuya simpleza metodológica le hacía escapar de la complejidad de las relaciones que se dan entre la superestructura y la infraestructura, un punto crucial, y por ende el de mayor dificultad de análisis, dentro de un pensamiento holístico como es el que ofrece el materialismo dialéctico.

Solo un proletariado políticamente educado, que no se abandone a la desesperación y a la desconfianza por los posibles e inevitables reveses, que permanezca fiel y leal a su Estado no obstante los errores que individuos particulares puedan cometer, a pesar de los pasos atrás que las condiciones reales de la producción puedan imponer, solo semejante proletariado podrá ejercer la dictadura, liquidar la herencia maléfica del capitalismo y de la guerra y realizar la Internacional Comunista. (Gramsci, 1976: 90)

En este pasaje, que como toda la obra del autor posee una belleza en su estilo que imprime un verdadero espíritu revolucionario, parece indicar uno de los grandes males de los que será víctima la revolución soviética, el no haber sido conscientes de la capacidad de generación de consenso que tiene el capital y la necesidad de una nueva cultura verdaderamente socialista, pues si bien es discutible el desarrollo de la revolución en el plano económico, en el plano cultural todavía existían los patrones propios de una sociedad mercantilizada.

Esta capacidad de consenso será lo que Gramsci acuñe bajo el concepto de hegemonía, ya que «no consideró que el dominio burgués fuera solo una imposición, sino que entendió la capacidad de aquella clase para establecer y preservar su liderazgo intelectual y moral, para dirigir más que para obligar» (Acanda, 2007: 216).

La dominación de la clase dominante se produce a nivel supraestructural, pero entendió que esta no es una estructura rígida sino que se trata de un «conjunto dinámico,

complicado, discorde y lleno de contradicciones» (Acanda, 2007:218) donde existen dos momentos, relacionados dialécticamente, cuya distinción es más bien metodológica que orgánica, la sociedad civil y la sociedad política y cuya relación recibirá el nombre de bloque histórico:

Las posiciones del movimiento libre de cambio se basan sobre un error teórico, cuyo origen práctico no es difícil de identificar, pues reside en la distinción entre sociedad política y sociedad civil, que de distinción metódica se transforma en distinción orgánica, y presentarla como tal. (Gramsci, 1980: 54)

Como sociedad política entiende Gramsci, «los órganos de las superestructuras encargados de desarrollar la función de coerción u dominio» (Acanda, 2007: 218) que se entrelazan en la sociedad civil, el lugar donde acaece la producción de la subjetividad social, es decir, las normas, conductas y valores dominantes en una sociedad, un entramado «articulado por múltiples organizaciones sociales, de carácter cultural educativo religioso, pero también político y económico» (Acanda, 2007: 219).

Para entender esta relación es clarificador el ejemplo de la historia reciente político-social del estado español, donde los partidos dominantes del régimen del 78, es decir elementos propios de la sociedad política, entendieron perfectamente como opera la hegemonía, creando así ambos, dos organizaciones pertenecientes a la sociedad civil, popularmente conocidos como *think tanks*, que han sido capaces de construir un discurso que hasta la crisis económica de 2008 había sido el predominante, insertándose así los partidos políticos en la sociedad civil produciendo normas de conducta y valores que transmitían la ideología propia de la clase dominante entre las clases subalternas, lo que Gramsci llamaría el bloque histórico. Pero siguiendo el ejemplo del estado español surge la pregunta acerca del porque este consenso era posible antes de la crisis y en cambio después parece ser que se haya roto, y su respuesta obedece a las condiciones infraestructurales que han posibilitado tal cambio, en otras palabras, el modo de producción de una sociedad es determinante para la construcción de la hegemonía pero no el único elemento que opera en ella.

Recordemos que un modo de producción social posee dos momentos esenciales, la apropiación, el «proceso de producción de la subjetividad humana, de su autoproducción, es decir, de su autorrealización como sujeto» y la producción, el «proceso de objetivación del hombre, que crea los objetos de su realidad y en ellos expresa su subjetividad» (Acanda, 2007: 122). Estos dos elementos interrelacionados dialécticamente expresan que si bien el ser humano se apropia de la realidad al producirla, la manera en que se

manifiesta y se realiza su subjetividad viene condicionada, que no determinada, por el modo en que lo produce. Así el mercado no es simplemente un lugar donde se produce un libre intercambio de mercancías, sino que crea un tipo específico de hombre cuyas ideas, valores o aspiraciones se ven modeladas por el modo en que se relaciona dentro de este.

Por lo tanto, la hegemonía no es solo un fenómeno que opera a nivel supraestructural, sino que necesita de las condiciones materiales que lo posibiliten, «ya que si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica» (Gramsci, 1980: 55)

Volviendo al ejemplo de la sociedad española, podemos observar su interrelación a partir del momento anterior a la crisis económica donde la posición del estado español dentro del sistema-mundo hacía necesaria la producción de un sistema económico basado en la especulación urbanística, la ya conocida burbuja inmobiliaria. Su inicio tiene lugar con la ley 6/1998 que liberalizaba todo suelo para pasar a ser urbanizable, y la ley de financiamiento municipal, pues establecía que estos no podrían financiarse más que por la vía de la especulación inmobiliaria a razón de la liberalización del suelo urbanizable. Si atendemos a este elemento, podemos observar como la sociedad política operaba para crear un proceso de acumulación de capital basado en la especulación, que al mismo tiempo moldeaba en cierta manera los hábitos de vida del resto de la población ofreciendo una gran flujo de crédito, eso sí camuflando las condiciones de este, a las familias para un consumo desmesurado, y un mercado laboral basado en trabajo sin formación académica, lo que favorecía aún más el proceso. Pero todo esto no podría haber funcionado sin la actuación de los elementos de la sociedad civil como medios de comunicación, o la publicidad entre otros quienes propiciaban la difusión de un mensaje basado en el individualismo, la competitividad y el consumismo que impregnó a la mayor parte de la sociedad.

Lo que el autor frankfurtiano Marcuse (1993) llamó desublimación, que se caracteriza por la opresión en la medida que se encuentra promovida a reforzar la cohesión social, nivelando así toda posible resistencia donde impera la conciencia feliz, la cual «conduce a encontrar en el aparato productivo el agente efectivo del pensamiento y la acción a los que sus pensamientos y acciones personales pueden y deben ser sometidos.» (1993: 109)

Como vemos, es en la sociedad civil donde se transmiten las normas de conducta y los valores de la clase dominante, pero es también el lugar donde se produce la batalla por ella y por lo tanto la lucha de clases encuentra su expresión en la difusión también de un discurso contra-hegemónico capaz de disputar la hegemonía de la ideología dominante entre los oprimidos. Por ello, si queremos romper con el predominio de la razón científica no debemos interpretar al mercado como una mera superestructura ideológica abstracta como lo hizo el marxismo vulgar ni bajo la falaz óptica liberal entendida como un simple lugar de intercambio de mercancías

Siguiendo a Gramsci, es imperativo la construcción de un nuevo bloque histórico capaz de aglutinar los intereses de las clases subalternas en el cambio de las estructuras sociales existentes, y para ello planteará la estrategia de la guerra de posiciones. Estrategia que, en opinión de Laclau (2003), falsearía el Partido Comunista Italiano en su intento de legitimación del proceso conocido como *compromesso storico*, la alianza con la Democracia Cristiana. El concepto de guerra de posiciones nace a la luz del análisis sobre la imposibilidad de una revolución de carácter clásico en las sociedades occidentales con las condiciones sociales dadas a la que el autor sardo nombrará como guerra en movimiento. Pero ambas no son elementos contradictorios, pues la guerra de posiciones se establece como el paso decisivo y complementario, puesto que el *asalto al cielo*, el momento destituyente, no es posible si no existe una cierta hegemonía para la movilización de las masas. Ahora bien, la verdadera revolución, el proceso constituyente, que consiste en la transformación de las estructuras sociales hacia la emancipación, no es posible si no existe una hegemonía capaz de conformar un bloque histórico que pueda construir este y derrotar en el campo de batalla también ideológico a la clase dominante. Para ello es necesaria la democratización real de la economía. La estatización de los medios de producción no es sinónimo de socialismo sino tan solo un paso más hacia él, pues tal y como defendía Marx solo la subjetividad será verdaderamente humana en tanto y cuanto sean los seres humanos quienes participen de manera activa de su propia producción, que encuentren su autorrealización en la construcción de su propia realidad.

Si no somos capaces de comprender la importancia de la superestructura en la configuración del tipo de relaciones sociales, y la relación que existe entre las dos, reproduciendo los esquemas del marxismo mecanicista, se corre el serio peligro de recaer en los errores cometidos por la comprensión simplista que tuvo lugar en el socialismo soviético y cuya experiencia se trató de exportar a países con tradiciones culturales muy

diversas. Pero esta crítica incluye también el intento de la reproducción del pensamiento gramsciano en nuestros días pues siempre se deben considerar las condiciones y el momento histórico en las cuales vivió, ya que su mayor acierto residió en la ruptura con el dogma, y el ser capaz de reconocer que las clases subalternas en las sociedades capitalistas son de una índole muy diversa. Por lo tanto, la revolución también dentro del campo teórico no puede ser sino heterodoxa.

III PARTE

HACIA UNA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA PARA UN NUEVO SIGLO

En este último apartado trataremos de analizar en que consiste la Revolución Democrática y como llegar a ella a través de las obras de Laclau y Mouffe.

8. Repensar la hegemonía, repensar nuestras sociedades

Desde la tradición marxista, se intentó reconstruir el concepto de sociedad a través de una aprehensión lógica basada en un sistema de mediaciones dialécticas, donde la objetividad se encontraba fijada apriorísticamente en las categorías de clases sociales. Baste recordar las tesis de Lenin tratadas con anterioridad para encontrar como en el concepto de vanguardia subyace la necesidad de establecer un partido capaz de irradiar la ideología a las masas inconscientes de sus verdaderos intereses de clase que se encontrarían fijados apriorísticamente debido a su posición en las relaciones de producción, es decir, el intento de constituir una verdadera clase social. En palabras del propio Marx, el salto cualitativo de la clase en sí a la clase para sí consciente ya de su papel protagonista en la historia como sujeto revolucionario.

Ahora bien, la heterodoxia gramsciana, coincidente en el tiempo con el proyecto fascista que se estaba llevando en el Estado italiano en la primera mitad del siglo XX, fue consciente de la incapacidad analítica de la literatura ortodoxia marxista, puesto que las categorías positivas no respondían a las identidades políticas que se estaban conformando, donde las posiciones dentro del sistema productivo no conllevaban necesariamente la adscripción a un proyecto político de clase determinado, y para ello introdujo en concepto de hegemonía.

Será esta revolución dentro del pensamiento marxista la que nos proporcionará las herramientas necesarias para acercarnos al funcionamiento de nuestras sociedades en un momento en el cual el sistema capitalista ha mutado de tal manera que la globalización ha supuesto la muerte de las certezas constituidas a lo largo de los dos siglos anteriores, y que nos permita resituar el campo teórico para recuperar un proyecto emancipatorio, cuya operatividad no se vea lastrada por los errores cometidos por el socialismo clásico.

Por lo tanto la primera pregunta que nos surge si queremos llevar a cabo un cambio en la sociedad es si esta es abarcable inteligiblemente como propusieron los marxistas clásicos. Según Laclau y Mouffe (1987) la respuesta es categórica, no. El concepto de sociedad no responde a una categoría positiva plena, sino más bien, la sociedad es el vacío de la plenitud, es aquello que todas las sociedades tratan de abarcar ya sea mediante contenidos étnicos, o de clase entre otros. Lo social es siempre un lugar de disputa, una tensión permanente entre distintas identidades fragmentadas que se relacionan entre ellas que carecen de toda fijación, y que en última instancia se encuentran *sobredeterminadas* en la medida en que

toda literalidad aparece constitutivamente subvertida y desbordada; es decir, en la medida en que, lejos de darse una totalización esencialista o una separación no menos esencialista entre objetos, hay una presencia de unos objetos en otros que impide fijar su identidad (Laclau y Mouffe, 1987: 175).

Lo social se encuentra comprendido en lo simbólico, en el proceso de significación, pues más allá de ello no existe ninguna significación pertinente en un plano de inmanencia. Ser y discurso son inseparables, y es en este último donde se encuentra inscrito lo universal. Por consiguiente la sociedad y los agentes sociales carecen de toda esencia, y se encuentran siempre en transiciones figuradas precarias y relativas que acompañan la suturación de cualquier orden.

Así el carácter *sobredeterminado* de lo social implica la imposibilidad de objetivar la sociedad en leyes naturales como si se tratase de una ciencia descriptiva, ya que implica que los procesos de simbolización no pueden ser representados bajo una imagen única, es decir, en un sentido literal. Entonces si no podemos hablar de la sociedad como un concepto plenamente constituido sino de relaciones sociales siempre fragmentadas en distintos niveles de actuación, debe haber, por consiguiente, un espacio que articule estos formando una totalización siempre incompleta: la hegemonía.

La hegemonía es la articulación contingente de relaciones de poder particulares, rindiendo así el concepto de sociedad como el producto resultante de una serie de prácticas que operan en el intento de crear un cierto orden en un contexto siempre sometido a la contingencia. Por articulación se entiende «toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica» (Laclau y Mouffe, 1987: 176). Así pues, la práctica hegemónica consiste en articular los distintos elementos, «toda diferencia que no se articula discursivamente»

en momentos, es decir, posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas en el interior de un discurso» (Laclau y Mouffe, 1987: 177). En otras palabras, la hegemonía se logra articulando las distintas posiciones diferenciales que en un primer estadio se encuentran dispersas, elementos, en una misma cadena equivalencial, momentos que trata de suturar los vínculos entre las distintas relaciones de los elementos para crear un discurso. Pero para ello es necesario la creación de un antagonismo que se sitúe en la exterioridad del discurso delimitando como punto de sutura la misma formación discursiva.

El antagonismo revela la existencia de conflictos racionalmente irresolubles, la tensión entre individuos y grupos sociales son inevitables, y por lo tanto no existe ninguna solución estable y definitiva. Si la creación de una frontera que delimita la interioridad misma del discurso implica la expulsión a su exterioridad de ciertos elementos que no son reconocidos como legítimos. El pluralismo político difiere radicalmente de su concepción liberal, se trata pues de la imposibilidad de una reconciliación armoniosa de los diferentes puntos de vista, el antagonismo es constitutivo de las relaciones sociales y por lo tanto de lo político.

Aun así, esta exterioridad nunca será del todo plena porque la hegemonía se encuentra siempre en disputa y, al mismo tiempo, esta exterioridad es siempre una diferencia o momento que puede ser absorbida o intercambiada, «estrictamente hablando, los antagonismos no son interiores sino exteriores a la sociedad; o, mejor dicho, ellos establecen los límites de la sociedad» (Laclau y Mouffe, 1987: 216).

9. Hacia la construcción de un nuevo sujeto histórico: El Pueblo

Una vez tenemos las herramientas teóricas necesarias para analizar lo social, podemos transmitir las a una aplicación práctica de nuestras realidades para proceder a la recuperación de la democracia tras la larga y triste noche neoliberal. Esta fase última del capitalismo mundial ha supuesto entre una gran cantidad de nefastas consecuencias la muerte de la política, puesto que cuando esta se entiende como una mera administración técnica del sistema burocrático-económico donde el disenso es castigado y postergado a los exteriores de la discursividad, el consenso es la muerte de la democracia, pues esta es en esencia la posibilidad de nuevos discursos, la institucionalización en última instancia

de la tensión de lo social. Así se hace imperativo la necesidad de construir un nuevo sujeto histórico capaz de subvertir esta situación: el Pueblo.

Pero cómo se construye y qué significa. Si aceptamos que la nueva configuración del sistema capitalista ha producido una fragmentación entre los distintos sectores sociales, cuyos intereses e identidades no se encuentran dialectalmente relacionados con su posición dentro del sistema productivo, solo entonces podremos empezar con nuestro análisis.

Siguiendo a Laclau «si queremos determinar la especificidad de una práctica articuladora populista debemos identificar unidades más pequeñas que el grupo para establecer el tipo de unidad que el populismo da lugar» (Laclau, 2005: 98) ya que debemos considerar al populismo no como «algo vago e indeterminado o como mera retórica» (Laclau, 2005: 91) sino como «una relación real entre agentes sociales. En otros términos, es una forma de construir la unidad de grupo» (Laclau, 2005: 97). Como unidad mínima de grupo tomaremos la que el mismo Laclau denomina con la categoría de demanda social, cuya utilidad reside en la ambigüedad de su significado en la lengua anglosajona donde *demand* «puede significar tanto una petición como un reclamo» (Laclau, 2005: 98)

Para explicar el surgimiento de estas demandas volveremos al ejemplo del estado español, cuya proximidad nos permitirá una mayor comprensión. Pensemos pues, en un barrio de clase trabajadora donde en el comienzo de la crisis económica se empiezan a producir desahucios de forma masiva, y los vecinos afectados piden a las autoridades locales, ya sea a través de asociaciones vecinales o más tarde plataformas ciudadanas, una solución. Ante esta situación la incapacidad institucional de absorber estas demandas de «un modo diferencial (cada una separada de las otras)» (Laclau, 2005:98) comienza a producir una mayor acumulación de demandas insatisfechas, estableciéndose así una relación equivalencial que si no es interrumpida por factores externos produce una mayor separación entre las instituciones y la mayoría social cada vez mayor. Si las instituciones por su parte son capaces de absorber las demandas de manera aislada, Laclau las denominará demandas democráticas, un claro ejemplo de ello es el ya fallecido Estado del Bienestar donde

esta sociedad, concebida como un sistema en constante expansión cualquier necesidad social sería satisfecha diferencialmente; y no habría ninguna base para crear una frontera interna. Como sería incapaz de diferenciarse a sí misma de cualquier otra cosa, esa sociedad no podría totalizarse, no podría crear un “pueblo” (Laclau, 2005: 104)

Si por el contrario sucede como hemos visto anteriormente que estas demandas son insatisfechas por la burocracia interna recibirán el nombre de demandas populares que «comienzan así en un nivel muy incipiente a construir al “pueblo como agente histórico potencial» (Laclau, 2005: 99). ¿Cómo se forman estas cadenas de equivalencias?

En el caso de las llamadas demandas democráticas, es la lógica de la diferencia la que predomina «mediante la afirmación de la particularidad» (Laclau, 2005: 103), en cambio en la construcción de una subjetividad popular más amplia que la clásica del socialismo basada en la adscripción a una clase determinada, en lo social opera la lógica de la equivalencia «mediante una claudicación parcial de la particularidad, destacando lo que todas las particularidades tienen equivalencialmente en común» (Laclau, 2005: 103).

En el caso que nos sirvió anteriormente de ejemplo, los desahucios masivos en el estado español, el carácter transversal de la plataforma ciudadana contra los desahucios, la Plataforma de Afectados por las Hipotecas, ejemplifica claramente el funcionamiento de la lógica equivalencial. Pero no podemos simplificar estas dos lógicas de un modo meramente mecanicista, ya que si bien una excluye a la otra, ambas se necesitan y se complementan, pues «cada identidad social (es decir, discursiva) es construida en el punto de encuentro de la diferencia y la equivalencia» (Laclau, 2005: 107), ya que es a partir de la diferencia donde se funda el vínculo hegemónico, puesto que, la cadena equivalencial para adquirir una verdadera significación necesita de un significante, en otras palabras, de una particularidad que adquiera la dimensión de universalidad, siempre precaria, en cuanto que la *plebs*, en nuestro caso podríamos decir la ciudadanía, reclama ser *populus*, el universal del pueblo, «pues el rechazo de un poder realmente activo en la comunidad requiera la identificación de todos los eslabones de la cadena popular con un principio de identidad que permita la cristalización de las demandas en torno a un común denominador» (Laclau, 2005: 108)

El acto de significación tiene lugar en lo que Zizek siguiendo a Lacan denominó como «puntos nodales (point de caption) cuyo nombre genera la unidad de una formación discursiva» (Laclau, 2005: 134) pero a diferencia de este

cuando hablamos de significantes vacíos queremos decir algo enteramente diferente, que existe un punto dentro del sistema de significación que es constitutivamente irrepresentable; que en ese sentido permanece vacío, pero es un vacío que puede ser significado dentro de la significación (Laclau, 2005:136)

El lugar de esta vacuidad que busca lograr la plenitud de una totalidad siempre precaria lo hemos de buscar en la heterogeneidad. Cuando en una sociedad predomina la lógica de la diferencia, recordemos el Estado del bienestar, «la homogeneidad social es lo que constituye el marco simbólico de la sociedad» (Laclau, 2005: 139). Pero en el momento en que una demanda particular no encuentra satisfacción «la demanda excede lo que es diferencialmente representable dentro de él» (Laclau, 2005: 139), es decir, lo heterogéneo es aquello que la institucionalidad no puede llegar a representar dentro de su marco simbólico, donde también se incluye la heterogeneidad resultante «las relaciones mutuas entre las demandas insatisfechas» (Laclau, 2005: 139). Volvamos al Estado español para observar con mayor claridad este fenómeno.

Antes de la actual crisis, el marco simbólico de la sociedad española se encontraba constituido bajo el relato de la transición y la constitución resultante de esta. Toda demanda social insatisfecha era remitida a los cauces institucionales existentes, pero con la llegada de la crisis, la gran cantidad de demandas insatisfechas rompen claramente con la homogeneidad social y con ella el marco simbólico establecido. Lo heterogéneo excede cada vez más y la simbología del régimen del 78 como pueda ser a constitución, el mito fundacional de la transición que conformaban el ideal democrático hasta entonces, van perdiendo la legitimidad popular. Sin embargo, este fracaso institucional solo otorga un vínculo equivalencial débil, para que este tenga una significación aún mayor es necesario que «la unidad del conjunto equivalencial de la voluntad colectiva irreductiblemente nueva en la cual cristalizan equivalencias particulares depende de la productividad del nombre» (Laclau, 2005: 139)

En otros términos, se necesita de un significante vacío cuyo contenido se encuentra indeterminado capaz de investir radicalmente esta heterogeneidad de las demandas particulares en un campo precariamente homogéneo a partir de una particularidad cristalizada hegemónicamente.

En esta investidura el afecto ocupará un posición central, pues si hemos aceptado que la sociedad como entidad totalizada autoafirmada y suturada no existe, sino que es la búsqueda de una plenitud imposible y la hegemonía es la práctica articularia que sutura el campo social, esta «no es otra cosa que la investidura en un objeto parcial, de una plenitud que siempre nos va a evadir porque es puramente mítica» (Laclau, 2005: 148). «En términos lacanianos: un objeto es elevado a la dignidad de la cosa» o dicho de otro modo, la posición que ocupa la investidura hegemónica respecto a la realidad empírica

no es secundaria, pues en tal caso estaríamos hablando de una sociedad totalizada de cuya existencia sabemos imposible, y por lo tanto el objeto investido hegemónico es «el nombre que recibe la plenitud dentro de un determinado horizonte histórico. Es el punto de partida a adhesiones más profundas». ¿Pero cómo construir un significante vacío?

Para comenzar con nuestro análisis primero debemos destacar la consecuencia que es constitutiva de la construcción de lo popular, a saber, la separación del campo político en dos, ya que al converger, que no yuxtaponer, las diferentes demandas particulares en torno una cadena de equivalencia cada vez más extensa de la cual una particularidad se erige como símbolo de la universalidad, se produce una dicotomización del espectro político, la *plebs* que ha reclamado ser pueblo expulsa al exterior de la discursividad diferentes demandas que no se encuentran en su cadena equivalencial. Así, al establecer una frontera de antagonismos, no entendidos desde la perspectiva marxista donde eran irreconciliables, sino desde la discursividad y por lo tanto nunca completamente delimitados a su exterior, recordemos que la lógica de la diferencia y la equivalencia se necesitan la una de la otra, la sutura hegemónica es la que delimita la interioridad del discurso y por lo tanto está siempre en disputa, solo desde esta óptica podremos definir los conceptos de significantes vacíos y flotantes.

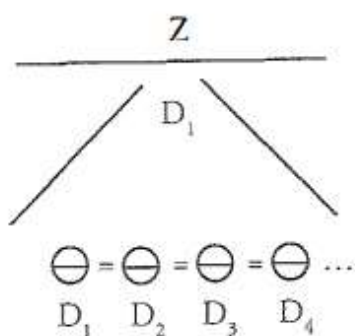
Como hemos afirmado antes, toda cadena de equivalencias necesita de una base sobre la cual adscribirse, una particularidad que se torna universal para adquirir una estabilidad precaria. Esta será la superficie necesaria. Un significante que al inscribirse en él toda una cadena de particulares, cuya oposición al régimen establecido es su común denominador, se vacía de contenido y su representatividad va mucho más allá de una demanda inicial. Establece una frontera antagónica que divide en dos partes el campo político.

Ahora bien, el concepto de significantes vacíos es un ideal ya que la hegemonía es el lugar de batalla donde se disputan las ideas, es decir es siempre un espacio de transición y disputa. La emergencia de un discurso popular tiende a recibir por parte de aquellos que ostentan el poder una respuesta contra-hegemónica, o dicho de otro modo: «intenta interrumpir la cadena equivalencial del campo popular mediante una cadena equivalencial alternativa, en la cual alguna de las demandas populares son eslabones totalmente diferentes» (Laclau, 2005: 165). Ante la presión de dos proyectos hegemónicos rivales el sentido del particularismo de un significante pasa a encontrarse entre las fronteras equivalenciales alternativas a los significantes cuyo sentido está *suspendido*, pasando a denominarse un significante flotante. Por lo tanto podemos afirmar que los significantes

vacíos absorben totalmente una cadena equivalencial, mientras que los significantes flotantes abarcan parcialmente una cadena de equivalencias.

Debido a la crisis orgánica, en el sentido gramsciano, que sufre el estado español, ha surgido una nueva fuerza política que está llevando a cabo las tesis de Laclau, veamos pues como han reconfigurado el mapa del territorio político a partir de los conceptos analizados anteriormente, a saber, la producción de cadenas equivalenciales inscritas en significantes vacíos que a su vez desplazan las fronteras internas con la creación de dos campos políticos antagónicos mediante la producción de significantes flotantes y la heterogeneidad de su constitución.

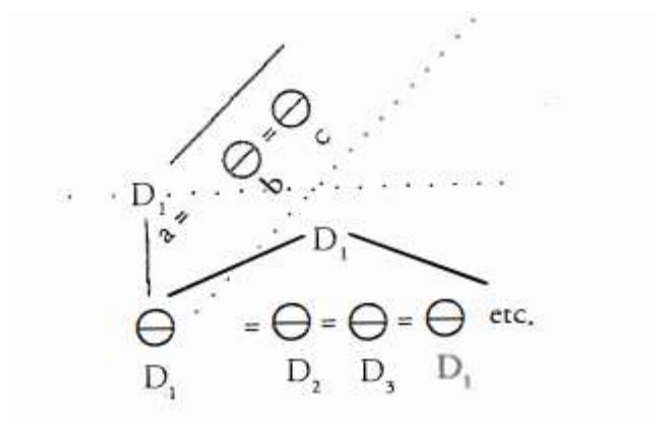
Los dirigentes de Podemos han sido capaces de estructurar en una cadena equivalencial aquellas demandas que desde el 15-M, pasando por los diferentes movimientos sociales, se encontraban en un primer instante disgregadas y atomizadas. Esta cadena de demandas heterogéneas cristalizó al identificar, recordando la lógica de la política de Carl Schmidt al enemigo, es decir, en oposición a la ya famosa casta que situaban en la exterioridad del discurso, que a su vez preformaba un pueblo, o en sus palabras *gente o ciudadanía*. Esto obedecería al esquema clásico de la formación del sector histórico del pueblo



Fuente: Laclau, 2005: 164

Z en nuestro caso obedecería a *casta* u *oligarquía*, que se encuentra excluida de la ciudadanía mediante una frontera política. La ciudadanía o pueblo a su vez englobaría una serie de demandas particulares y heterogéneas como pudieran ser el derecho a la vivienda, la sanidad o la educación pública. Pero tal y como hemos visto anteriormente la situación de una frontera estable no es del todo posible y por lo tanto se encuentra siempre en un terreno de disputa donde los *significantes flotantes* cobran relevancia. Veamos pues como es su aplicación en nuestro caso mediante el esquema propuesto por

Laclau, donde el significante democracia es el eje fundamental de los dos proyectos antagónicos:



Fuente: Laclau, 2005: 166

Como podemos observar *DI* es en nuestro caso el término que se encuentra en disputa debido a la presión estructural de dos cadenas equivalenciales antagónicas, cuyas fronteras políticas están representadas con las líneas de puntos. La línea horizontal corresponde a la ciudadanía, fijada por el partido Podemos, que alrededor del término democracia ha articulado toda una serie de demandas particulares, como pueden ser la democratización de la economía, o la lucha contra la corrupción. Mientras que la línea diagonal representa el proyecto político de la *casta* u *oligarquía* para quienes la democracia constituye a la institucionalización de las demandas particulares a través de los cauces establecidos por el régimen del 78.

10. Más allá del Socialismo: La Democracia Radical

Como hemos esbozado en las dos primeras partes de este trabajo fin de grado la relación entre el ideal democrático, entendido este desde la óptica del liberalismo clásico, y el socialismo, como *telos* de una sociedad igualitaria, ha sido a lo largo de la historia de la humanidad ardua. Además ha conducido a un fracaso que lastra, aún hoy en día, especialmente a las fuerzas políticas de izquierda clásica. Tanto a aquellas versiones socialdemócratas, cuyo destino final ha sido la mera administración del sistema capitalista como si de un juez moral se tratase, como aquellas que se han posicionado con mayor fuerza contra el modelo económico-social pero que por sus errores de teorización acerca

del funcionamiento de lo político han quedado relegadas a la marginalidad discursiva sin posibilidades reales de actuación para el cambio de la realidad social occidental.

Para Laclau, el error de la izquierda clásica nace de su incapacidad teórica de construir un sujeto revolucionario, pues siempre según esta lo social es un espacio imposible de suturar y por lo tanto ninguna clase social posee el privilegio de la Historia. Aun más cuando este ha sido incapaz de resistir un verdadero análisis teórico que ya desde la teoría leniniana del desarrollo desigual y combinado sufría para aplicarse a una realidad cambiante

Surge así un desajuste estructural entre masas» y «clases», ya que la línea que separa a aquéllas de los sectores dominantes no se yuxtapone con la explotación de clase. El desarrollo desigual y combinado es, por tanto, el terreno que permite al marxismo, por primera vez, complejizar su concepción acerca de la naturaleza de las luchas sociales.(Laclau y Mouffe, 1987: 96)

Pues no olvidemos que tal como afirmaba Marx, el sistema capitalista no es un mero sistema de relaciones de producción sino que las relaciones de producción capitalistas se han introducido como relaciones sociales más allá del sistema productivo cuyo máximo desarrollo vivimos hoy en día bajo la larga noche neoliberal. Entonces surge la pregunta: cómo y dónde se ubica la superficie de emergencia para el cambio político.

Primero y ante todo debemos matizar tres conceptos que a menudo son fruto de confusiones y malentendidos y cuya necesidad es imperante para aprehender la tarea democrática-revolucionaria: subordinación, opresión, y dominación, pues «el problema es, por tanto explicar cómo a partir de las relaciones de subordinación se constituyen las relaciones de opresión» (Laclau y Mouffe, 1987:252)

Según el autor no existe un principio antropológico que determine *a priori* el paso de una relación de subordinación como «aquella en la que un agente está sometido a las decisiones de otro- un empleado respecto a un empleador, por ejemplo en ciertas formas de organización familiar, la mujer respecto al hombre...» (Laclau y Mouffe, 1987: 252) no se han transformado en fuentes de antagonismo, caso de las relaciones de opresión y por lo tanto no se han considerado ilegítimas como es el caso de las relaciones de opresión, es solo cuando a través de una exterioridad discursiva que considera ilegítimas las relaciones de subordinación y transforma la positividad diferencial en negatividad cuando estas pasan a ser relaciones de opresión y cuyos antagonismos ilegítimos determinan la opresión

Las relaciones sociales previas a la Revolución Francesa podrían ser consideradas como subordinadas pero nunca opresivas pues el corpus social se sustentaba

por una lógica teológico-política en la que el orden social encontraba su fundamento en la voluntad divina. El cuerpo social era concebido como un todo en el que los individuos aparecían fijados a posiciones diferenciales (Laclau y Mouffe, 1987: 254)

Es solo a través de los cambios surgidos en el imaginario colectivo tras la revolución de 1789 cuando se sentaron las bases para la emancipación. Negando el orden social establecido y que perduran en la actualidad imponiendo así, el principio democrático de igualdad y libertad como nueva matriz del imaginario social «en nuestra terminología que hubiera pasado a construir un punto nodal fundamental en la construcción de lo político» (Laclau y Mouffe, 1987: 254)

Es decir, que si aceptamos la trinidad de la revolución francesa como el cambio más importante en la mentalidad europea y bajo la cual las diferentes formaciones sociales han construido su sistema político-institucional, estamos hablando de la discursividad predominante y originaria del pensamiento democrático pues «fue la primera en no fundarse en ninguna otra legitimidad y en instaurar un nuevo modelo de lo social» (Laclau y Mouffe, 1987: 255) y por lo tanto «proporcionará las condiciones discursivas que permiten plantear las diferentes formas de igualdad como ilegítimas y antinaturales y de hacerlas por lo tanto equivalerse en tanto formas de opresión» (Laclau y Mouffe, 1987: 255-256)

Así, los diferentes discursos socialistas no deben considerarse como un momento de racionalidad política superior ya que «esta cesura ha sido frecuentemente interpretada como la transición a un momento más alto de racionalidad política» (Laclau y Mouffe, 1987: 246) Sino que debido a la capacidad revolucionaria de los significantes de libertad e igualdad constituyen los puntos nodales a través de los cuales han sido posibles los diferentes movimientos emancipatorios entre los cuales se encuentra el movimiento comunista.

Si aceptamos las premisas de Laclau se nos ofrece un prisma bajo el cual se nos permite observar el camino hacia la emancipación de un modo mucho más amplio eliminando así el misticismo de la izquierda clásica cuyo discurso con la caída del muro de Berlín no encontraba operatividad puesto que le otorgaba una mayor importancia a sus propias señas de identidad, en nuestro caso significantes, que al significado de los mismos. Ya que si enmarcamos, como se ha afirmado anteriormente, el discurso socialista como una

evolución del discurso democrático podemos deshacernos de viejos fetiches inoperativos, para a partir de elementos que operan en la actualidad expandir la cadena equivalencial hacia esferas que antes se encontraban inhóspitas. El significativo comunismo en la actualidad es incapaz de construir un proyecto hegemónico de masas pero el significativo democracia-igualdad opera con una fuerza capaz de procurar una mayor efectividad.

Este nuevo proyecto hegemónico debe explotar los nuevos antagonismos surgidos de las dinámicas capitalistas a partir del pacto Capital-Trabajo que se dio al final de la Segunda Guerra Mundial. Estos antagonismos tienen como fuente «la extensión de la revolución democrática a toda una nueva serie de relaciones sociales que ponen en cuestión nuevas formas de subordinación» (Laclau y Mouffe, 1987: 263) cuya lógica concibe dos aspectos de vital importancia: continuidad y discontinuidad.

Como continuidad encontramos la implantación en el imaginario colectivo de la ideología liberal-democrática transformada en sentido común que permitirá poner en cuestión el statu-quo y por lo tanto «permite establecer una continuidad entre las luchas del siglo XIX contra las desigualdades legadas por el Antiguo Régimen y los movimientos sociales del presente» (Laclau y Mouffe, 1987: 263). Sin embargo, nos encontramos ante nuevos antagonismos ligados a las nuevas dinámicas surgidas en el seno de la economía y el nuevo papel del Estado en el siglo XX a partir de la derrota del fascismo en Europa. Como subrayan Laclau y Mouffe:

desde un punto de vista puede hablarse de discontinuidad ya que buena parte de los sujetos políticos se han constituido a través de su relación antagónica con nuevas formas de subordinación recientes derivadas de la implantación y expansión de las relaciones de producción capitalistas y de la intervención creciente del Estado (Laclau y Mouffe, 1987: 263)

Estos cambios surgidos en las formaciones sociales consolidados a partir de las posguerra, siempre contingentes y por lo tanto nunca telúricos, tienen desde la economía sus inicios con el fordismo, pues con la transición de «un régimen de explotación capitalista extensivo a un régimen intensivo» (Laclau y Mouffe, 1987: 264) se inicia la mercantilización de todas las esferas de la vida social. Mercantilización que:

destruye las relaciones sociales anteriores, que reemplaza por relaciones mercantiles a través de las cuales la lógica de acumulación capitalista penetra en esferas cada vez más numerosas. Hoy no es solamente en tanto que vendedor de su fuerza de trabajo que el individuo está subordinado al Capital, sino también en cuanto está inscrito en otras múltiples relaciones sociales: la cultural, el tiempo libre, las enfermedades, la educación, el sexo e incluso la muerte. No hay prácticamente ningún dominio de la

vida individual o colectiva que escape a las relaciones capitalistas (Laclau y Mouffe, 1987: 265)

El Welfare State keynesiano ha sido una espada de doble filo, si bien tal y como afirma Corat (Laclau y Mouffe, 1987) supuso la adaptación del trabajo a las necesidades del régimen de acumulación capitalista, «el Estado-plan interviene en la reproducción de fuerza de trabajo para subordinarla a las necesidades del Capital gracias a la práctica del contrato colectivo y las condiciones negociadas, que ligan la elevación de los salarios a la productividad» (Laclau y Mouffe, 1987: 264). También la ampliación de la intervención estatal en cada vez más ámbitos ha sido la base para la politización de las relaciones sociales, o al menos ha permitido revelar de un modo más explícito el carácter político de estas y, por lo tanto, la sede de nuevos antagonismos.

La emergencia de lo que se ha llamado democracia social ha transformado también profundamente el sentido común dominante, prestando legitimidad a toda una serie de reivindicaciones por la igualdad económica y a la exigencia de nuevos derechos sociales. Movimientos como el Welfare Rights Movements en los Estados Unidos estudiado por Piven y Clowd son un ejemplo de esta extensión de demandas dirigidas al Estado una vez aceptado la responsabilidad de este por el bienestar de los ciudadanos (Laclau y Mouffe, 1987: 268)

La ambigüedad de las nuevas sociedades de consumo se manifiesta del mismo modo en los aparatos de comunicación política y socialización más importantes como los medios de comunicación masivos, cuyo mensaje se proyecta con la imagen de una igualdad ficticia a través del consumo de bienes y servicios pero de cuyo acceso es incapaz de procurar el sistema puesto que se encuentra expuesto a la fluctuación de las dinámicas capitalistas donde el desempleo juega un rol principal:

A fin de crear nuevas necesidades, ellos (los jóvenes) son construidos crecientemente como categoría específica de consumidor, lo que los impulsa a buscar una autonomía financiera que la sociedad no está en condiciones de acordarles, por el contrario, la crisis económica y el desempleo tornan difícil su situación. Si a esto se añade la desintegración de la célula familiar y su reducción creciente a puras funciones de consumo, así como la inexistencia de formas sociales de integración estos “nuevos sujetos” que han recibido el impacto de la puesta en cuestión generalizada de las jerarquías existentes se comprenden las diversas formas de rebelión de los jóvenes en las sociedades industriales modernas (Laclau y Mouffe, 1987: 270-271)

Es así que si entendemos la democracia no como un régimen sino como una práctica que va mucho más allá de los modos de participación institucionales, como el voto, encontrándose con los diferentes tipos de movilizaciones sociales podemos encontrar la manera de implosionar el sistema desde su mismo interior. Por otra parte, este trabajo que tiene lugar fuera de las instituciones liberales adquiere una mayor importancia en la

medida en que expresa la lucha contra el dominio y la reproducción del dominio mismo. Se trata entonces de una lucha contra la manera de conducir la actividad política a límites que la izquierda institucional no había nunca antes llegado, es en definitiva una acción política contra la organización política clásica.

Al aceptar la premisa acerca que lo social no se encuentra constituido apriorísticamente bajo ningún tipo de orden natural como consecuencia de las relaciones de fuerza objetivas relativas a la producción, a las leyes de la historia o al desarrollo del espíritu se abre la posibilidad de sostener que otro mundo es posible, existe siempre la posibilidad de un futuro diferente, pues lo social es siempre contingente y nunca se encuentra suturado. Por lo tanto la idea de la existencia de diferentes proyectos hegemónicos en disputa ofrece la perspectiva de la actualización de las alternativas a la hegemonía dominante que anteriormente se encontraban excluidas. Es esto precisamente la mayor ventaja que ofrecen los autores, que cualquier orden hegemónico puede ser puesto en discusión por prácticas contra-hegemónicas que sean capaces de desarticularlo.

Las implicaciones que estas tesis poseen sobre el modo de valorar las políticas encaminadas hacia la emancipación son de gran importancia, ya que si la lucha política consiste en la confrontación de prácticas hegemónicas y entre proyectos hegemónicos diferentes, significa que la tensión es permanente y por lo tanto nunca se podrá conseguir una formación puramente democrática. Esta es la razón por la cual Laclau y Mouffe formulan el proyecto de la izquierda política en términos de democracia radical y pluralista e insisten en el hecho de que se trate de un proceso nunca completo. Se trata de una radicalización de las instituciones liberal-democráticas existentes para configurar como principio rector de estas los principios de libertad e igualdad cuya finalidad será ampliar sus efectos en un número mayor de relaciones sociales.

De hecho el logro de nuestros autores es el conseguir integrar las reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales y articularlas con las mal llamadas luchas de clase. Es aquí donde la cadena de equivalencias a nivel de la nueva izquierda tiene su mayor importancia, pues contra la creencia de la importancia de la lucha de clase como vector principal reduciendo a secundarias las demandas surgidas en el nuevo milenio, Laclau y Mouffe prevén la necesidad de establecer una cadena equivalencial capaz de generar un verdadero proyecto contra-hegemónico bajo el discurso democrático. El objetivo principal de la izquierda debería pasar por proponer una verdadera voluntad colectiva de

todas las fuerzas democráticas para la radicalización de la democrática y la configuración de un discurso hegemónico

Pero este proyecto de democracia radical, como se avanzó anteriormente rompe con el discurso revolucionario en tanto era entendido desde la teoría marxista, pues la emancipación debe llegar con la profundización de las instituciones socialdemócratas, puesto que la democracia pluralista ofrece los antagonismos necesarios para su democratización radical, ya que la falsa promesa de libertad e igualdad bajo un régimen capitalista nunca podrá darse. Así la estrategia de la izquierda debe consistir en la explotación de estos antagonismos ya que la aplicación de sus principios ético-políticos comportaría una ruptura radical, es decir en palabras de Gramsci llevar a cabo la guerra de posiciones para construir hegemonía.

La resistencia que parecen tener ciertos movimientos sociales a la posibilidad de la acción política dentro de las instituciones tienen como fundamento las tesis adoptadas por Hardt y Negri, para quienes los movimientos generados en el interior de la sociedad civil deben evitar la colaboración con las instituciones políticas, pues la verdadera batalla se debe dar al nivel molecular de la micro política. Bajo esta perspectiva, las contradicciones del imperio deberían llevar a su caída y por consiguiente la victoria de las masas, es decir, que reproducen el esquema determinista marxista, simplemente con un vocabulario diferente, de la Segunda Internacional, según la cual las contradicciones internas en las fuerzas productivas conducirían a la caída del capitalismo y la victoria del socialismo. La perspectiva del imperio es la misma, adaptada a las nuevas condiciones donde el trabajo inmaterial juega un rol principal, no será ya el proletariado el agente histórico revolucionario sino la multitud, es decir, nos encontramos todavía con una visión determinista cuya estrategia se basa en la unidad política entre los diferentes movimientos sociales, y como hemos afirmado anteriormente ya no se tratara de yuxtaponer diferentes discursos sino de articularlos bajo un proyecto hegemónico. Por lo tanto, el modo de construir el sujeto político pasara por construir una cadena equivalencial entre las diferencias que se encuentran en las diversas causas que afrontan los nuevos movimientos sociales, problema con el que se eludió el movimiento antiglobalización pues es evidente la necesidad de la construcción de una nueva cadena equivalencial entre las diferentes luchas sociales.

En definitiva, la democracia radical de Laclau y Mouffe es la heredera legítima de la tradición socialista, que rechaza la libertad formal como *telos* de la democracia, pues una

sociedad no es democrática sin una igualdad también económica, inspirada en las tesis del joven Marx en su crítica al dominio y la alienación. Pero, sin embargo, difiere del marxismo en puntos esenciales. En primer lugar, la democracia radical rescata al socialismo utópico; en segundo lugar, la lucha política no tiene fin, una sociedad nunca estará completamente suturada; en tercer lugar, aborrece el historicismo, y por lo tanto la lucha política no se encuentra atada al sentido de la historia; en cuarto lugar, rechaza todo tipo de economicismo, y por ello la sociedad no puede reducirse a un campo más dentro de la economía; en quinto lugar, el individuo no es simplemente un átomo dentro de las relaciones de producción. Se le otorga el papel principal a la lucha contra el dominio por la emancipación, el capitalismo no es ya el único enemigo, es una forma de dominio. La democracia solo puede realizarse a través de una praxis política consciente de que el conflicto es consustancial a la democracia, pero eso sí, siempre con miras hacia una emancipación cada vez mayor pero siempre incompleta.

CONCLUSIONES

Como se ha explicado con anterioridad, el objetivo de este trabajo era la necesidad de encontrar un proyecto de cambio social capaz de ser operativo en la actualidad basándonos en la obra de Laclau, no sin establecer quienes han sido los precedentes más importantes y en que situación nos encontramos actualmente. Un cambio que tiene que entender que lo social es siempre un lugar en disputa, que nunca estará completamente saturado y cuyas identidades políticas no se encuentran fijadas apriorísticamente por su posición en el sistema productivo.

El análisis de la crisis económica es de gran importancia porque aporta una perspectiva más amplia de nuestra cotidianidad. Observando como las políticas que se han aplicado han causado un gran dolor en las capas populares de la población y que estas obedecen a una necesidad sistémica del capital por expandirse, en un momento en el que el crecimiento económico parece haber llegado a su fin me ha causado una gran impresión, puesto que explica las causas de una situación que debiera cambiar, y por ello era necesario analizar que alternativa había sido propuesta anteriormente.

Así, para no caer en los errores del pasado, es vital comprender en que consistió la literatura marxista, y cuales fueron sus aciertos y sus errores. Marx descubrió los procesos que se dan dentro del sistema de producción capitalista, y como el Estado es una expresión de estos. Sin embargo, el paso a una nueva sociedad no lo desarrolló con toda la complejidad que ello conlleva, aun así nos dejó las líneas generales que debiera seguir, una primera fase de la sociedad comunista, también conocida como la dictadura del proletariado. La idea originaria de dictadura obedecía más bien a un modelo de democracia directa que a un estado totalitario, idea que desarrollaría Lenin y completaría con el concepto de vanguardia, puesto que no poseía las condiciones sociales necesarias para llevar a cabo la revolución con la clase social que debiera tornarse en universal el proletariado. Un peligroso concepto que dio pie a tergiversaciones futuras. Gramsci por su parte observó los errores que se estaban cometiendo en la Rusia soviética y dando lugar así a la teoría de la hegemonía. La hegemonía es el consenso que se produce no solo a nivel supraestructural donde la sociedad civil juega un papel primordial. Comprender mejor los postulados de los clásicos no solo me ha ayudado intelectualmente sino también a tener una visión mucho más crítica frente a los postulados tradicionales del marxismo,

si bien es inconcebible cualquier otra propuesta que no tenga en cuenta los grandes aciertos que tuvo, y sobre todo a interpretar de un modo mucho más clarividente los procesos que se dieron en nuestro país y como ese consenso fruto de la transición ha explotado.

Para que se produzca un cambio social entonces debemos ampliar nuestra perspectiva y creo que la teoría de Laclau nos ofrece las claves para llevarlo a cabo. En un primer lugar, rompe con el mito de la sociedad como un ente ya cerrado, lo social es siempre contingente, y esto se demuestra mediante los proyectos hegemónicos que se disputan su universalización nunca absoluta. Si aceptamos estas premisas debemos por lo tanto aceptar que no existen identidades políticas fijadas apriorísticamente por el sistema productivo, en cuyo caso es necesario buscar nuevas formas de creación de sujetos políticos capaces de ser operativos.

En un mundo donde las certezas han sido destruidas para encontrarlo tendremos que buscar en la unidad de medida más pequeña posible y esta no es otra que las demandas sociales de diferentes grupos. Si somos capaces de establecer cadenas equivalenciales que se extiendan y logren crear un sujeto pueblo encaminado hacia una revolución democrática, el camino será mucho más halagador. Pero esta revolución democrática no solo podrá contar con el modo de producción socialista, que es condición indispensable para una verdadera democratización de las relaciones sociales, tendrá que tener en cuenta numerosos puntos de vista que durante la tradición marxista habían sido postergados como secundarios. Para llevar a cabo esta tarea necesitaremos intentar una guerra de posiciones, para poder así explotar las contradicciones que la historia del capital ha ido creando, en especial el estado del bienestar, se trata pues de ir mucho más allá y a través de la vía democrática ser capaces de democratizar la mayor parte de los aspectos de nuestras vidas que hoy se encuentran mercantilizados.

Al no haber podido profundizar más en las deficiencias argumentativas del postmarxismo en su vertiente populista, no he podido ofrecer las críticas que seguramente sean necesarias, pues se encuentran en ocasiones grandes lagunas en lo que respecta a un mercado, en ocasiones, relativismo. Soy consciente de la necesidad de una mayor profundización en este aspecto, es más, pienso que sería de un gran interés la búsqueda de un término medio entre un estructuralismo-materialista y el populismo para poder ofrecer una visión mucho más cercana a la realidad.

BIBLIOGRAFIA

- ACANDA, J.L (2007): *Traducir a Gramsci*, Instituto Cubano del Libro, Ciudad de la Habana.
- AMÍN, S. (2008): « ¿Debate financiera, crisis sistémica? Respuestas ilusorias y respuestas necesarias», *Informe introductivo - Foro Mundial de las Alternativas*, Caracas
- BEINSTEIN, J. (2009): «La crisis en la era senil del capitalismo. Esperando inútilmente al quinto Kondratieff», *Revista El Viejo Topo*, Barcelona
- EL PAÍS (2008, 26 de noviembre): «Sarkozy propone refundar sobre bases éticas el capitalismo». Consultado el 22 de noviembre de 2014 de, http://elpais.com/diario/2008/09/26/internacional/1222380007_850215.html
- ENGELS, F. (2000): *De la autoridad*, Marxists Internet Archive
- FOESSA (2014): «VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España», *Publicaciones Cáritas*, Madrid
- FROMM, E. (1970): *Marx y su concepto del hombre*, Fondo de cultura económica, México D.F.
- FUSARO, D. (2009): *Bentornato Marx! Rinascita di un pensiero rivoluzionario*, Tascabili, Milano
- FUKUYAMA, F. (1992): *El Fin de la Historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona
- GLOBAL FOOTPRINT NETWORK (2014): «Living Planet Report», *WWF*, International.
- GARCÍA-MARZÁ, V. (2000): *Teoría de la democracia*, Publicacions Jaume I, Castellón de la Plana
- GRAMSCI, A. (1976): *Revolución rusa y Unión Soviética*, Ediciones R. Torres, Barcelona.
- GRAMSCI, A. (1980): *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ediciones Nueva visión, Madrid
- GUARRASSI, V. (2011): *Geografie dell'ascolto*, Palumbo, Palermo
- HARVEY, D. (2007): *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid
- LACLAU, E. (2005): *La razón populista*, Fondo de cultura económica argentina, Buenos Aires

- LACLAU, E, Y C. MOUFFE (1987): *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia la radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid
- LENIN, V.I (2009): *El Estado y la Revolución*, Fundación Federico Engels, Madrid
- MARCUSE, H. (1993): *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología en sociedad industrial avanzada*, Planeta, Barcelona
- MARX, K. Y F. ENGELS (2001): *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Marxists Internet Archive
- MARX, K. Y F. ENGELS (2007): *La Guerra Civil en Francia*, Fundación Federico Engels, Madrid
- MARX, K. Y F. ENGELS (2008): *Crítica al programa de Gotha*, Fundación Federico Engels, Madrid
- MARX, K. Y F. ENGELS (2013): *Manifiesto del Partido Comunista*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid
- MILIBAND, R. y OTROS (eds.) (1979): *Marx, el Derecho, y el Estado*, Oikos-tau, Barcelona.
- MONEDERO, J.C.(2008a): *Disfraces del leviatán. El papel del Estado en la globalización neoliberal*, Akal, Madrid
- MONEDERO, J.C. (2008B): «Hacia una filosofía política del socialismo del siglo XXI», *Cuadernos de CENDES*, nº78, pp. 71-106
- MONEDERO, J.C. (2013): *Curso de política urgente para gente decente*, Seix barral, Barcelona
- NAVARRO, V.(2012): «*La estafa de la deuda pública*», *Pensamiento Crítico*, Público. Consultado el 22 de diciembre de 2014 de <http://blogs.publico.es/vicenc-navarro/2012/10/30/la-estafa-de-la-deuda-publica/>
- NAVARRO, V. (2013): «Capital-Trabajo: el origen de la crisis actual», *Le Monde diplomatique* en español. Consultado el 2 de enero de 2015 de http://www.vnavarro.org/wp-content/uploads/2013/07/10-07-13-el-conflicto-capital-trabajo-en-las-crisis-actuales-v0098-def-040713-amb-canvis-de-le-monde_.pdf
- PIQUERAS, A. y OTROS (eds.) (2002): *Introducción a la antropología para la intervención social*, Tirant lo Blanch, Valencia
- WALLERSTEIN, I. (2003): *El Capitalismo Histórico*, Siglo XXI, Coyoacán.